

Friedrich Nietzsche

El Anticristo

Maldición sobre el cristianismo

Introducción, traducción y notas
de Andrés Sánchez Pascual



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Der Antichrist, Fluch auf das Christentum*

Primera edición: 1973

Tercera edición: 2011

Decimoprimera reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción, introducción y notas: Andrés Sánchez Pascual

© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1973, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-5354-9

Depósito legal: M. 29.485-2011

Composición: Grupo Anaya

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, por Andrés Sánchez Pascual
- El Anticristo
- 33 Prólogo
- 35 Aforismos 1-62
- 141 Ley contra el cristianismo
- 143 Notas del traductor

Introducción

Cuando el 8 de enero de 1889 Franz Overbeck, el teólogo de Basilea amigo de Nietzsche, llega a Turín para recoger a éste, caído en la demencia, lo encontró –son sus propias palabras– «rodeado de montones de papeles». F. Overbeck había realizado el viaje con la finalidad de salvar a Nietzsche, si todavía era tiempo. Como es bien sabido, tal curación resultó imposible. Pero de aquellos montones de papeles F. Overbeck logró rescatar los más importantes y se los llevó consigo a Basilea. Entre ellos se encontraba precisamente el manuscrito de *El Anticristo*, cuidadosamente envuelto en un folio. Al salvar este libro, Overbeck salvó la expresión más neta, más enérgica, más contundente –la clave, junto con los *Ditirambos de Dioniso*– de la intención última de Nietzsche.

Esta obra, en efecto, piedra de escándalo para todo el que lúdicamente haya buscado perderse por los laberintos del pensamiento de Nietzsche, pero sin atreverse a lle-

gar nunca hasta el rincón último donde tiene su morada el Minotauro; esta obra, arma de combate de católicos contra protestantes, de protestantes contra católicos, de creyentes contra ateos, de ateos contra creyentes, de todos contra Nietzsche; esta obra, maldecida, calumniada, injuriada, exaltada, aplaudida y, sobre todo, malentendida y desconocida, es la conclusión más coherente, la conclusión necesaria, de todo su camino mental. Si el pensamiento de Nietzsche no lleva a *El Anticristo*, no lleva a ninguna parte.

Superficiales resultan todos los intentos de asimilar de Nietzsche tan sólo alguna que otra idea recogida al azar en sus escritos. Disfrutar, por ejemplo, con el psicólogo refinado que desenmascara lo humano, demasiado humano de las acciones presuntamente nobles; ensalzar al estilista prodigioso del incógnito idioma alemán, al escritor dueño de todos los registros de que éste ya disponía y, por encima de eso, al enriquecedor de ese idioma con tonos que en él parecían inalcanzables; encandilarse con su serena e impávida destrucción de los cimientos del llamado Occidente, como si se estuviera contemplando la pintoresca voladura de un castillo de fuegos artificiales; asistir, en fin, al «espectáculo» Nietzsche como se asiste a una función de circo, para chismorrear luego acerca del escalofrío que uno mismo sintió al contemplar las «sombras etruscas», las «intangibilidades abstractas de la existencia» y, sobre todo, aquel número –¡oh, el gran final de fiesta!– en que el pobre payaso jugaba con unos «dados inamovibles»: todo eso acaso esté bien, pero no representa más que un entretenimiento. Quedarse en ello y no avanzar hasta *El Anticristo* es, sencillamente, no atreverse

a mirar a Nietzsche a los ojos. Quien quiera vivir a partir de Nietzsche habrá de roer este hueso de *El Anticristo*; y, además, tragarlo. Y no sólo en lo negativo, cosa fácil, sino en lo positivo. No sólo en el *no*, sino también en el *sí* oculto que aquí está encerrado. Ante la imposibilidad de hacerlo, más de uno ha acabado por arrojar, todo entero, a Nietzsche.

El destino del manuscrito y de su publicación

Como ha quedado dicho, fue F. Overbeck quien recogió en Turín, entre otros papeles, el manuscrito de *El Anticristo* y lo llevó consigo a Basilea. Recuperado de la profunda depresión que el hundimiento psíquico de su amigo había causado en él, se dispuso a ordenar aquellas escrituras, tropezando así con esta obra. F. Overbeck fue, pues, el primer lector de *El Anticristo*, y es posible que no sólo en sentido cronológico haya sido el «primero». En aquel momento, al menos, ningún lector más capacitado que él para poder comprender su significado. A Peter Gast, que le preguntaba cuáles eran las obras que Nietzsche había dejado concluidas, le respondió con estas líneas, pertenecientes a una carta escrita el 4 de febrero de 1889:

... De la *Transvaloración de todos los valores* en especial, no hay completo, efectivamente, más que el libro primero, envuelto también él en un folio blanco, con este título:

EL ANTICRISTO
TRANSVALORACIÓN DE TODOS LOS VALORES

La segunda línea está tachada y sustituida por las palabras «Maldición sobre el cristianismo», las cuales, por desgracia, dejan oír otra vez el cínico acento con que en sus últimas cosas Nietzsche, en un cierto *crescendo*, se ha hecho a sí mismo, creo yo, no menor violencia que a los demás; en esas palabras pareceme reconocer los mismos trazos que se muestran en los breves manifiestos que, según parece, envió en el primer día de su locura a muy diversos sitios, también a nosotros, a usted, y a mí... Por el momento no estoy en condiciones de estudiar con más detalle los papeles, tampoco de proceder a una lectura de *El Anticristo*, cuya muy detallada crítica, también del Antiguo y Nuevo Testamento, yo leeré con tenso interés, precisamente en lo que respecta al último punto...

Cinco semanas más tarde, tras la lectura de la obra, Franz Overbeck escribe al mismo destinatario otra carta, en la que se contiene el primer juicio sobre *El Anticristo*. Dice así:

... para asegurar esta obra contra todo riesgo, en lo que de mí dependa, he hecho una copia completa... Puede usted imaginarse que en ella el cristianismo es tratado como Marsias por Apolo. No su fundador –todas las tentativas anteriores de hacer de él una figura humana aparecen ridículamente abstractas y sólo como una ilustración de una dogmática racionalista si se las compara con la hazaña de Nietzsche y su manera de hacer surgir, de lo original de la persona, también lo humano de ella–; pero sí todo lo que viene después. En especial, la concepción que Nietzsche tiene del cristianismo me parece demasiado política, por así decirlo, y la equiparación cristiano-anarquista pareceme descansar en una apreciación históri-

camente muy discutible de lo que el cristianismo fue «en realidad» en el Imperio Romano. El «movimiento budista de paz» iniciado originariamente por Cristo, según Nietzsche, lo continuó siendo, a mi parecer, también el cristianismo subsiguiente, en mayor medida de lo que Nietzsche supone. Pese a todo, *El Anticristo* no deja de ser un monumento único que ilumina esencialmente también las ideas propias de Nietzsche sobre este objeto, expresadas hasta ahora de manera dispersa.

La copia de *El Anticristo* hecha por F. Overbeck —ahora en la Universidad de Basilea— le sirvió a éste para, desde el primer instante, comprender a Nietzsche mejor que nadie en su tiempo. El manuscrito mismo de la obra lo envió más tarde a Peter Gast. Y éste, el 13 de noviembre de 1893, hizo entrega de él a la hermana de Nietzsche. Desde ese instante este escrito, al igual que todos los demás póstumos, quedó secuestrado por la que ha sido denominada «*soeur abusive*» (Richard Roos). La decisión de dar a conocer o no esta obra inédita de Nietzsche y la manera de llevar a cabo su publicación iban a estar encomendadas, por tanto, a la funesta hermana.

Podría suponerse que acaso ésta, asustada por los juicios del libro, que culminan en una solemne maldición, se decidiría a no publicarlo, al menos por el momento. Es preciso tener en cuenta varios factores ambientales, cuyo peso era incomparablemente mayor entonces que hoy.

En primer lugar, Nietzsche era hijo de un clérigo protestante; su madre, viuda, mujer piadosa y respetada, vivía aún, rodeada por la «virtud» de una pequeña ciudad levítica, y necesariamente había de sufrir las consecuen-

cias de la publicación de tal obra de su hijo; la propia hermana de Nietzsche, Elisabeth Förster-Nietzsche, basaba hipócritamente su nauseabundo y militante antisemitismo en la defensa de los «valores cristianos» y andaba solicitando por aquel entonces donaciones de dinero para construir una capilla en Paraguay.

En segundo lugar, Nietzsche acababa de caer en la locura; había estado en dos manicomios, el de Basilea y el de Jena, y, dado de alta, vegetaba tristemente en una parálisis general progresiva. Su demencia había provocado sensación en toda Europa, y acerca del origen de la enfermedad corrían mil chismes y rumores. Uno de sus más queridos discípulos de Basilea lo visitó en el manicomio de Jena, y al ver en la tablilla colgada junto a la cama la causa de la enfermedad: «sífilis», volvió indignado a casa y tuvo el ridículo gesto de arrojar al fuego una amplísima colección de cartas recibidas de Nietzsche en otro tiempo. En esas circunstancias, la publicación de *El Anticristo* iba a servir inevitablemente para que todos los predicadores –los predicadores de púlpito y de periódico, de cátedra y de despacho– lanzasen su autocomplacida condena: «¡justo y merecido castigo de Dios!».

En tercer lugar –y esto lo vio con gran agudeza F. Overbeck–, los apresuramientos y agitaciones en el aprovechamiento de la herencia inédita de Nietzsche iban a perjudicar necesariamente su influencia y a crear confusión. Overbeck, que conocía bien el ambiente intelectual de su época, creía en el futuro de Nietzsche y estaba convencido de que su momento llegaría. Por eso se inclinaba por la calma y la mesura. *El Anticristo* no podía dejar de ser malentendido entonces.

Pese a todo lo anterior, Elisabeth Förster-Nietzsche decidió editar la obra lo más pronto posible. El año 1895 la entregó al público. Para quien de los actos sepa inferir conclusiones sobre los actores, esta enigmática decisión arroja una luz muy clara sobre el alma de aquella enigmática mujer. En todo caso hoy debemos estar agradecidos a su resolución. Que ella supiera sobreponerse a todas las razones antes mencionadas, que, impertérrita, mandase publicar estas páginas: eso la honra.

Es decir, la honraría si, en aquella «cámara de los tormentos» que fue siempre el Archivo Nietzsche para los papeles inéditos del hombre con cuyo apellido se honraba, *El Anticristo* no hubiese sido sometido a una refinada manipulación. Con una pedantería insufrible, el manuscrito de *El Anticristo*, que Nietzsche había dejado perfectamente limpio para la imprenta, fue examinado letra por letra. Algunas palabras fueron eliminadas; algunos párrafos, suprimidos; algunas frases, retocadas; las citas bíblicas, corregidas cuando la memoria de Nietzsche parecía haber tenido un fallo. En otro lugar he estudiado con detenimiento esa descarada insolencia en el tratamiento de un escrito ajeno¹, y más adelante, en las notas, indicaré los pasajes pertinentes. Pero todos esos abusos parecen pequeños y pierden interés al compararlos con lo realmente grave: la sistemática manía le hacer creer al público que Nietzsche había dejado, más o menos completa, una obra magna, llamada *Transvaloración de los valores* o *La voluntad de poder*, cuyo

1. Véase el artículo «Problemas de *El Anticristo*», en el número extraordinario de la *Revista de Occidente* dedicado a Nietzsche (agosto-septiembre 1973), pp. 207-240.

«primer libro» sería precisamente *El Anticristo*. La aclaración de este problema es decisiva para comprender los meses finales de la vida lúcida de Nietzsche y el sentido que él quiso dar a sus últimas acciones por escrito.

No existe, ciertamente, la menor duda de que, durante bastante tiempo, Nietzsche tuvo el *propósito* de escribir una obra en cuatro libros titulada *La voluntad de poder*. Incluso llegó a anunciarla públicamente en dos ocasiones. Lo hizo por vez primera en la contracubierta de la primera edición de *Más allá del bien y del mal* (1886). En ella aparece una lista de las obras de Nietzsche, redactada indudablemente por él. Tras la enumeración cronológica de los escritos ya publicados, se anuncia, entre las «obras en preparación», la siguiente: «La voluntad de poder. Ensayo de una transvaloración de todos los valores. En cuatro libros». Por segunda vez es anunciada esa obra dentro del texto mismo de *La genealogía de la moral* (1887). En el § 27 del tratado tercero de ese escrito puede leerse lo siguiente: «Estas cosas las abordaré con mayor profundidad y dureza en otro contexto (con el título *Historia del nihilismo europeo*; remito para ello a una obra que estoy preparando: *La voluntad de poder. Ensayo de una transvaloración de todos los valores*)»².

Está claro, pues, que Nietzsche tuvo la *intención* de escribir una obra para la que disponía de un título y un subtítulo. Desde varios años atrás venía acumulando para ella una gran cantidad de materiales, que sometió a diversas reelaboraciones. A mediados de febrero de 1888 le comunicaba

2. Véase F. Nietzsche, *La genealogía de la moral*. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual, Alianza Editorial, El libro de bolsillo, Biblioteca de autor, 2011 y reimps., p. 229.

a su amigo Peter Gast que había dado cima a una «primera redacción», y añadía: «En conjunto ha sido una tortura. Además, no he tenido todavía ánimos para hacerlo. Dentro de diez años lo haré mejor...» Nietzsche se encontraba totalmente insatisfecho con sus apuntes, pues, al parecer, no conseguía dominarlos. El 26 de agosto de ese mismo año traza en Sils-Maria un *último* plan de *La voluntad de poder*³. Después, la abandona definitivamente, y en los cuatro meses de vida lúcida que aún le quedan no vuelve a aparecer ninguna obra con ese título. Lo menos que puede afirmarse, en consecuencia, es que Nietzsche decidió no publicar obra alguna así titulada, como más tarde hicieron los editores.

Desaparecido el título, lo que antes era subtítulo pasa a ocupar su lugar. Nietzsche reorienta sus propósitos literarios, y lo que ahora parece querer redactar es otra obra: *Transvaloración de todos los valores*. El testimonio de este giro de su pensamiento aparece en un folio escrito unos días más tarde, cuyo texto es el siguiente:

TRANSVOLORACIÓN DE TODOS LOS VALORES
POR
FRIEDRICH NIETZSCHE

- 1 Nosotros los hiperbóreos.
- 2 El problema de Sócrates.
- 3 La razón de la filosofía.
- 4 Cómo el mundo verdadero acabó convirtiéndose en una fábula.

3. Ese último plan está publicado íntegro en la Introducción a *Crepúsculo de los ídolos*, Alianza Editorial, El libro de bolsillo, Biblioteca de autor, 2013 y reimps. pp. 17-18.

- 5 Moral como contranaturalidad.
- 6 Los cuatro grandes errores.
- 7 Con nosotros –contra nosotros.
- 8 Concepto de una religión de la *décadence*.
- 9 Budismo y cristianismo.
- 10 De mi estética.
- 11 Entre artistas y escritores.
- 12 Sentencias y flechas.

Todo conocedor de la obra de Nietzsche advertirá que los epígrafes numerados con las cifras 2, 3, 4, 5, 6 y 12 son los títulos exactos de otros tantos capítulos de *Crepúsculo de los ídolos*. De la *Transvaloración de todos los valores Nietzsche* extrae, por lo tanto, más de la mitad del material en que se articulaba, y lo publica por separado. Quiere que ese *Crepúsculo de los ídolos* sea «una especie de iniciación, algo que abra el apetito para mi *Transvaloración de los valores*» (carta a Gast del 12 de septiembre de 1888).

Nietzsche no ha desistido, pues, de llegar a concluir su *Transvaloración*. Eliminado, por la publicación de parte de su contenido en obra aparte, el primer plan recién citado, Nietzsche procede a efectuar una nueva reestructuración, que articula en cuatro libros. De ellos el primero llevará este título: *El Anticristo. Ensayo de una crítica del cristianismo*.

En las pocas semanas de que Nietzsche aún dispone antes de hundirse en el silencio, su capacidad de trabajo adquiere una aceleración frenética. El 30 de septiembre Nietzsche logra terminar *El Anticristo*, que en ese momento es todavía el «libro primero» de la *Transvaloración*. Incluso llega a esbozar una cuidadísima portada para él, en que lo califica de ese modo.

Pero, más tarde, a medida que Nietzsche va aproximándose a su final, sus ideas acerca de su obra literaria cambian totalmente. La *Transvaloración de todos los valores* había sido pensada como una obra *teórica*, de amplia envergadura y dilatado desarrollo. Llega un momento, sin embargo, en que Nietzsche piensa que ya no es hora de teorías y decide quemar etapas. Lo que antes era una parte de la obra se transforma en su totalidad. Abandona el propósito de publicar la *Transvaloración* en cuatro libros y convierte *El Anticristo* en la *totalidad* de la *Transvaloración*. Con ese fin traza una nueva portada: y a Georg Brandes le escribe así a principios de diciembre:

Dentro de tres semanas daré órdenes de que se imprima como manuscrito *El Anticristo. Transvaloración de todos los valores*; permanecerá completamente escondido; me servirá de edición para la agitación.

Y cuando al final Nietzsche ha convocado en Roma un congreso de casas reinantes europeas, con exclusión de los Hohenzollern; cuando ha escrito a la Casa de Baden; cuando se ha dirigido «a mi querido hijo Umberto», rey de Italia, y «a mi querido hijo Mariani», cardenal secretario de Estado del Vaticano; cuando ha dispuesto «fusilar al emperador alemán y a todos los antisemitas» y ha redactado su «Última consideración», en que dice: «... después de que el viejo Dios ha sido eliminado, yo estoy dispuesto a *gobernar el mundo*»; en ese momento Nietzsche toma una decisión totalmente lúcida y consecuente: borra de un trazo el subtítulo «Transvaloración de todos los valores» y bajo él escribe lo siguiente: «Maldición sobre el cristianismo».

Los datos señalados eran perfectamente conocidos por los editores del Archivo Nietzsche, los cuales disponían de la totalidad de los papeles que dan testimonio de ellos. Pero su ridículo capricho de fabricar un Nietzsche a su manera los llevó a no respetar las decisiones de éste. Era Nietzsche quien debía obedecer y someterse a los propósitos de los editores; y así, éstos jamás llegaron a publicar *El Anticristo* con su verdadero subtítulo ni a devolver a la obra las palabras y frases que le habían sustraído.

Es cierto que quienes, fuera del Archivo Nietzsche, llegaron a conocer algunos de estos detalles los dieron a la publicidad en la medida de sus posibilidades. En el número de enero de 1906 de la revista berlinesa *Neue Rundschau* C. A. Bernoulli publicó las antes citadas cartas de F. Overbeck a P. Gast, que muestran cuál es el verdadero subtítulo de *El Anticristo*. Y J. Hofmiller, en un amplísimo trabajo titulado sencillamente «Nietzsche», aparecido en la revista múniquesa *Süddeutsche Monatshefte* (noviembre de 1931), comunicó a los lectores algunas de las mutilaciones de esta obra. Los editores, sin embargo, ignoraron estas revelaciones y la falsificada «edición canónica» continuó imprimiéndose una y otra vez.

Fue necesario esperar a que la hermana de Nietzsche muriese y a que el Tercer *Reich* desapareciese para que los manuscritos de Nietzsche fueran puestos libremente a disposición de los investigadores. En 1961 —es decir setenta y tres años después de escrita esta obra— publica Erich F. Podach su fundamental libro: *Nietzsches Werke des Zusammenbruchs*. El libro de Podach marca un hito en la historia de las ediciones nietzscheanas. En torno a él se entabló una desaforada polémica; pero hay en esta publica-

ción un mérito que resulta inatacable. Por vez primera hace Podach algo tan sencillo y obvio como lo siguiente: tomar en sus manos unos manuscritos de Nietzsche y publicarlos tal como fueron dejados por su autor. En su edición Podach mostró que el texto de *El Anticristo* había sufrido otras manipulaciones, además de las ya sabidas, y dio a conocer por vez primera la «Ley contra el cristianismo» con que esta obra concluye. Una vez sacado *El Anticristo* de la falsa perspectiva en que los editores antiguos lo habían situado, la lectura crítica de esta obra está resultando extraordinariamente fecunda. Esa lectura destaca cada vez más lo que en ella hay de afirmación en la negación y contribuye así a profundizar en la herencia nietzscheana.

El problema de las influencias

Los viejos editores no se limitaron a intervenir de un modo *directo* en el texto de *El Anticristo*. Sobre él ejercieron además una segunda distorsión; ésta fue *indirecta* y consistió en silenciar de forma totalmente innecesaria una serie de hechos que, conocidos a su debido tiempo, habrían evitado muchas discusiones inútiles.

Los adversarios de *El Anticristo* se contentaron al principio con los habituales rayos y centellas. El portavoz máximo de esa forma de ataque fue el psiquiatra Moebius. Más tarde la campaña en contra perdió tosquedad. Se quiso mostrar que, en realidad, Nietzsche no había hecho aquí otra cosa que amalgamar ideas tomadas de otros. Ante esas insinuaciones, el Archivo Nietzsche cerró sus puertas más herméticamente que nunca. Excepto algu-

nas, las obras leídas, estudiadas y extractadas por Nietzsche durante la preparación de este libro fueron indudablemente eliminadas de su biblioteca personal, pues luego no han aparecido. Y en cuanto a los apuntes tomados por Nietzsche, un silencio absoluto cayó sobre ellos. No fueron editados ni mencionados jamás.

La manera de plantear el problema era ridícula: a los presuntos atacantes y a los sedicentes defensores los unía el gusto por las trivialidades intelectuales. Ante esta obra, construida de una sola pieza y en un solo aliento, haber discutido la cuestión de la «originalidad» de Nietzsche se nos aparece hoy como un argumento más en favor de la naturaleza «intempestiva» de éste. Por otro lado, la edición de esos apuntes por vez primera en 1970 (en el tomo VIII 2 de las *Obras* de Nietzsche publicadas por la editorial Walter de Gruyter) ha venido a demostrar lo que ya podía adivinarse: que la independencia de Nietzsche destaca aún más al compararlo con el trasfondo desde el que parte.

Los cuatro autores de los que Nietzsche extrajo sugerencias *directas* para este escrito fueron: Dostoyevski, Tolstói, Renan y Julius Wellhausen. Los nombres de los tres primeros aparecen en el texto de la obra. Como suele suceder, Nietzsche era menos nietzscheísta que sus autotombrados guardianes.

La novela de Dostoyevski *Demonios* (leída por él en Niza en traducción francesa: *Les Possédés*, París, 1886, durante los primeros meses de 1888) le proporcionó sobre todo el concepto de Dios como «atributo de la nacionalidad». Esta sugerencia se unió a la procedente de la obra del famoso orientalista J. Wellhausen: *Prolegomena zur Geschichte Israels* [Prolegómenos a la historia de

Israel], Berlín, 1887, sobre la historia del texto del Antiguo Testamento. Con ambas, Nietzsche pudo ver prefigurada en la manipulación de que hicieron objeto los sacerdotes judíos al texto del Antiguo Testamento, lo que más tarde sería la acción del rabino Pablo con la vida de Jesús. Pero Dostoyevski tuvo una influencia aún más importante sobre Nietzsche. En las novelas de aquél descubrió éste la descripción más exacta de la comunidad cristiana primitiva. En ellas respiró el aire que allí tuvo que existir. El tono de familiaridad con que Nietzsche habla de esos hechos, cual si hubiera asistido a ellos, le viene facilitado por el novelista ruso. Él fue la ventana por la que Nietzsche pudo contemplar, fascinado y asqueado, aquel espectáculo. Dostoyevski, por fin, le procuró a Nietzsche las palabras «idiota» e «idiotismo», tan repetidas en *El Anticristo*. Si se hubiera conocido a su debido tiempo la influencia de Dostoyevski sobre Nietzsche, y se hubiera sabido que el arquetipo del «idiota» es el príncipe Mischkin de la novela de Dostoyevski («una mezcla de sublimidad, enfermedad e infantilismo», como dice Nietzsche en una ocasión), los alemanes no se habrían irritado tanto al leer que Nietzsche calificaba a Kant de «idiota», ni los cristianos habrían hecho tales aspavientos al enterarse en 1931 –no antes, pues bien se había cuidado la hermana de mutilar esa frase– de que también Jesús era llamado de igual modo. O tal vez la indignación de unos y otros habría sido aún mayor.

Tolstói, por su parte, del cual Nietzsche leyó, también en Niza y también en los primeros meses de 1888, un libro en traducción francesa (*Ma religion*, París, 1885), fue el que le sugirió la equiparación entre el cristiano primitivo y el anar-

quista; el que le dio asimismo la famosa fórmula de los cinco mandamientos; y el que llamó además su atención sobre la frase evangélica «no resistáis al mal», a partir de la cual construye Nietzsche la base *fisiológica* de Jesús. En cuanto a Renan, el estudio por Nietzsche de su *Vie de Jésus* (París, 1883) le hizo ahondar más, por contraposición, en lo recibido de Dostoyevski. El civilizado idilio descrito por Renan, en el que Jesús aparece como un «héroe» y como un «genio», provoca la ira de Nietzsche, quien califica a Renan de «bufón en cuestiones psicológicas».

Si aquí han sido recordados estos detalles, se debe únicamente a que son hechos históricos, hoy comprobados, que sería necio callar. Pero la manera como Nietzsche asimila las sugerencias de las obras citadas, que él leyó de manera simultánea, y el modo como combina esas sugerencias y se sirve de ellas poniéndolas al servicio de su intención propia, muestran que carece de sentido hacer una cuestión de la «originalidad» de Nietzsche.

Quién es el *Anticristo*

Por extraño que pueda parecer, durante muchos años los lectores de esta obra no se detuvieron a pensar, ni antes ni después de su lectura, en algo que ya aparece en la portada: la palabra *Anticristo*. Bajo el prejuicio del *Anti*-, y en la creencia de la negatividad de este escrito, su sentido fue ignorado y la obra utilizada como un proyectil.

J. Salasquarda ha señalado recientemente que el Anticristo es un «proceso» y ha puesto de relieve que ese proceso tiene un origen –que es a la vez su meta–, tiene unos

caminos de realización, y tiene también, a lo largo de ese camino, unos obstáculos con que tropieza que es preciso superar. De los tres componentes del proceso, el último nombrado es obviamente el menos importante. Sin embargo, ha sido en realidad el único que se ha sabido ver y el único en que las miradas han quedado hipnóticamente fijadas y detenidas. Es cierto que se ha de comenzar por él, pero un «comienzo» no quiere decir un «origen». La destrucción de los valores que impiden el surgimiento del espíritu libre no puede ser considerada como una meta última y ni siquiera como muy importante. Quedarse en la negación es recaer en lo negado. «Todos los románticos acaban igual», dice Nietzsche al final de su «Ensayo de autocrítica» de *El nacimiento de la tragedia*.

Con su modo de expresarse, tan lleno de segundos y de cuartos y de séptimos sentidos, el propio Nietzsche ha contribuido no poco a que lectores poco alertas cayesen en el engaño. Oigámosle:

«Mi fórmula para decir esto es la siguiente: el *Anticristo* es la lógica necesaria en la evolución de un cristiano auténtico; en mí el cristianismo se supera a sí mismo». Fragmento póstumo de octubre-noviembre de 1888.

«Yo soy el *Antiasno par excellence*, y, por lo tanto, un monstruo en la historia universal; yo soy, dicho en griego, y no sólo en griego, *El Anticristo...*» *Ecce homo*, esto es, un libro cuyo título es, como se sabe, una expresión que hace referencia a Cristo.

«Ese hombre del futuro, que nos redimirá del ideal existente hasta ahora y asimismo de *lo que tuvo que nacer de él*, de la voluntad de la nada, del nihilismo, ese toque de campana del mediodía y de la gran decisión, que de